

D I A N A

Pinta de rosa la aurora
 al horizonte azulado
 y del trovador alado
 se oye la nota sonora;
 la brisa, que ríe y llora,
 forma fantástica orquesta,
 y mientras su frente enhiesta
 no alza el sol en la cuchilla,
 la luz del alba que brilla
 va alumbrando la floresta.

Todo es risueño y hermoso
 y todo al placer convida,
 en esa hora en que la vida
 vuelve al campo silencioso;
 el arroyo quejumbroso
 más dulcemente murmura,
 y entre la verde espesura
 que débil luz engalana,
 se oye la armónica diana
 que despierta a la natura.

Del rancho el techo pajizo
 se alcanza a ver en la loma,
 y alegre el gaucho se asoma
 a su puerta, de improviso,
 de allí contempla el hechizo
 que para su gusto encierra
 la esmeralda de la tierra,
 la frondosidad del monte,
 y allá, por el horizonte
 la silueta de la sierra.

Siente balar la majada
 que está cerca del chiquero,
 y piafar el parejero,
 cuando llega la alborada;
 al palenque mira atada
 la lechera de su china,
 y como que se imagina
 en su morada dichoso,
 un amargo bien sabroso
 va a tomar en la cocina.

Pues, cuanto tan dulce encanto
 se vislumbra en el fogón,
 a esa hora en que la ilusión
 tiende en el cielo su manto:
 como las voces de un canto
 que saluda la mañana,
 suena también otra diana
 que con sus ecos cautiva
 como la voz expresiva
 de guitarra americana.

Es el concierto campero
 a que mezcla el paisanaje
 los murmullos del paraje
 y los cantos del *hornero*;
 es la sombra del alero
 y el perfume de los pagos,
 en que va bebiendo a tragos
 en sus dulces desarrollos,
 a los recuerdos criollos
 de sus pasados halagos.